

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRÁ. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

Política republicana.

Opinamos que la Asamblea de Unión republicana debe celebrarse inmediatamente, sin más dilaciones.

Queremos la reunión inmediata de la Asamblea, para que la Unión pueda dar á los pocos días de concertada, la primera batalla al enemigo común combatiendo en las urnas.

No creemos que la reunión de la Asamblea perturbe en nada la buena marcha de los trabajos electorales, porque suponemos que no se celebrarán más de dos sesiones, muy suficientes para proclamar la unión y designar el jefe.

¿Entra acaso en el ánimo de los que piensan lo contrario el propósito de discutir un programa y de provocar sobre él votaciones? No nos parecería discreto. El programa debe reducirse á una fórmula de unión sencilla, que abarque á todos los republicanos y que ninguno pueda rechazar porque contradija á sus peculiares ideas ó compromisos de partido. El jefe, como el programa, habrán de ser aclamados y no votados.

En mucho tiempo no volverá á encontrarse ocasión más oportuna que la presente para realizar la Unión, con un fin práctico é inmediato, y difundirla después por toda España.

Defendemos, por lo tanto, la reunión inmediata de la Asamblea.

HAGAMOS TIEMPO

Festina lente, dice el viejo apotegma latino. Bástale al día su afán, reza el Evangelio. *Chi va piano va sano, e chi va sano va lontano*. El tiempo no perdona lo que se hace sin su concurso. «No por mucho madrugar amanece más temprano». «Poco á poco hilaba la vieja el copo». «Con el tiempo maduran las uvas». «Más tiempo hay que longanizas». «No se ganó Zamora en una hora». «Nadie nos corre. Amanecerá Dios y medraremos.»

¿Quién había de decir á los que toman el sol en la Puerta de Iden, á los que aguardan entre las ociosas plumas la llegada del medio día, á los que pasan las largas veladas de invierno departiendo en el casino ó en el café sobre *omnia re scibile*, á aquellos cuya vida entera es un constante despezo, que su conducta censurable sería estimada, según dictamen de estadistas, como dechado de prudencia y modelo de sabiduría? Así es, sin embargo. La indolencia es discreción, la pereza habilidad, el bostezo principio de gobierno. Tumbarse á la bartola constituye el *nec plus ultra* de la más profunda diplomacia. La inmovilidad arguye sensatez, tacto, reflexión. Por eso sin duda se llama hombres de peso á las personas respetables y circunspectas. Entre nuestros políticos se dan de esas virtudes modelos acabados. Nadie hay más sensato que un adocin, ni más prudente que una esquina.

Si el toque estuviera en aplazar, en dilatar, en demorar, en dejarlo todo para la tarde del día del juicio, España sería la primera de las naciones. Aquí nunca tenemos prisa. Por las venas de todo español corre una gota de la sangre de aquel marroquí de quien cuentan que, enterado de que el tren llega en ocho horas al lugar adonde un camello tarda en llegar ocho días, contestaba: «Bien: llegas en ocho horas, y luego ¿qué haces?» Preguntando Alejandro Magno cómo en tan pocos años podía haber hecho tantas cosas, dícese respondió: «Porque nunca dejo nada para mañana». No es esa nuestra opinión. El «vuelva usted mañana», sigue siendo hoy, como en los tiempos de *Figaro*, la frase nacional por antonomasia. Lo provisional se hace aquí definitivo por efecto de nuestra diligencia. Procesos hay que duran veinte años, y el que menos uno. Los pleitos se transmiten de generación en generación. Un expediente es «la imagen móvil de la eterna inmovilidad», como definía Platón al tiempo. Cuéntase del Tribunal de Cuentas que hace poco andaba examinando las anteriores á la Revolución de Septiembre. Oposiciones á cátedras ha habido, en las cuales, desde el nombramiento del tribunal hasta el comienzo de los ejercicios, ha transcurrido un decenio, habiendo fallecido en este intervalo, algunos de vejez, buen número de jueces y opositores. Nuestro reloj anda siempre atrasa-

do. El tiempo no es aquí, como dicen de él los krausistas, la forma del mudar, sino la forma de lo inmutable: artículo de tan gran consumo que siempre estamos haciéndole y nunca le tenemos.

La oportunidad, diría un peripatético, consiste en un justo medio entre la anticipación y la demora. La tardanza no la malogra, menos que la precipitación. Hay que coger el fruto maduro, no verde ni podrido. Sólo que entre esos dos extremos, por igual viciosos, el último es el más funesto. Lo prematuro puede enmendarse; lo tardío es irreparable. El tiempo á nadie aguarda. Quien llega demasiado pronto, espera ó vuelve, y el que llega demasiado tarde pierde la ocasión. El «es tarde» constituye la enseñanza de los fracasados. Tarde abdicaron Napoleón y Luis Felipe, tarde derogó Carlos X sus malhadadas Ordenanzas, tarde se enteró doña Isabel II de que no le era dable repetir impunemente la serie de sus «lamentables equivocaciones». En esto de llegar tarde, todos los españoles somos reyes. Llegamos tarde á todas partes: á misa, á clase, al teatro, á la cita, á la oficina, al taller, á la casa, al paseo, á la guerra, á las reformas, al remedio... A todas partes menos á los toros. La tortuga tiene más títulos que el león para constituirse en emblema de nuestra nacionalidad.

Silvela es decidido partidario de hacer las cosas con pulso, con pausa, con medida, con sabia lentitud y dando tiempo al tiempo. A oírle, el sufrimiento y el Jurado habían sido reformas fracasadas por prematuras. Pero ¿es que aquí nada ha fracasado por viejo? Como los españoles no inventamos cosa alguna, todo hemos de tomarlo de fuera. Pues aun en esta operación puramente receptiva, no hacemos honor á la decantada agilidad del cerebro latino. Tardamos demasiado en enterarnos. Todas las cosas llegan aquí rancias, averiadas, cuando ya no se usan por el mundo. Así vestimos nuestro espíritu, como nuestro cuerpo, con trajes de desecho. Europa nos envía sus modas cuando ya no le sirven. Tomamos sus obras, como se dice beben los occidentales el te que ya han usado antes los chinos. Vino aquí el economismo individualista cuando ya empezaba á desacreditarse en Inglaterra, la metafísica cuando ya no se estilaba en Alemania, el doctrinarismo treinta años después de haber muerto en Francia, su cuna. Aun el novísimo misticismo idealista ha venido tarde y con daño. Hasta los demócratas y radicales resultan entre nosotros anticuados y arcaicos. Hemos sido la última nación europea que ha sancionado la tolerancia religiosa y abolido la esclavitud. Así y todo, al 90 por 100 de los españoles les encanta la idea de hacer un alto en la vertiginosa carrera de nuestra civilización.

En esto como en todo, el Estado, lejos de procurar la corrección de los defectos de que adolece el carácter nacional, diríase que se propone agravarlos. El *musulmanismo*, que tanto se reprochó á Sagasta, es nota común de todos nuestros gobernantes. Su lema es el *laissez faire*. Gobierno y administran *sub specie aeternitatis*. Ningún escarmiento es capaz de hacerles salir de su paso.

En el convenio del Zanjón se ofreció á los cubanos la reforma: veinte años después fracasaban las de Maura, Abarzuza, Cánovas, Moret, y Cuba se perdía. Un momento hubo, á raíz de nuestros desastres, en que fué posible dulcificar sus efectos, obteniendo de parte de todos los intereses egoístas algunas concesiones; la torpeza ingénita de nuestros políticos malogró la ocasión. Ahora se traen la martingala de la revolución desde arriba. Pero, entiéndase bien, no inmediatamente. Primero hay que hacer unas elecciones, tan vergonzosas como de costumbre. La revolución vendrá luego, legal, formal, por ministerio de unas Cámaras de camama, por el voto de una mayoría de falsarios. Hasta tanto esperaremos. ¿Qué prisa nos corre?

Dícese que en China impera la sabia costumbre de pagar al médico mientras el cliente se halla en sana salud y dejarle de pagar tan luego como enferma. Acaso convendría aplicar á nuestros políticos una regla análoga. Págueseles mientras se hallen en la oposición y deje de pagárseles en el poder. Con esto y no consentir que abandonen las consabidas riendas hasta haber realizado todo su programa, se logrará sin duda estimular su diligencia. Mientras coman en el poder y en la oposición ayunen, su interés estará

en demorar indefinidamente la realización de las reformas que constituyen su título para sentarse en el banquete.

ALFREDO CALDERÓN.

AIRES MURCIANOS

¡Y la nena, al brazal!

(*Ami querido amigo José Martínez Albacete.*)

La boca me duele de estarle diciendo:
—No quiero que vayas, nena, al brazal...
no quiero que vayas, porque á ver Paco sé, nena, que vas...
¡no quiero que vayas!...
¡míá que ni chispica de gusto me dal...
Y no es que se diga que es malo el zagal, no es que yo me piense que no te querrá...
pero es ligerico de cascos y paece que le gusta beber y jüar.
¡Míá que ni chispica de gusto me dal...
¡No quiero que vayas, nena, al brazal!

Como el que una lumbre quisiera apagar y fuera, el reñirle, leña que se echara pa encenderla más...
«Anda ves, nena», páece que entendía y, á tóicas las horas, ¡la nena al brazal!

Ni con palabricas, ni con malos tratos se alantaba ná:
—Míá, nena, que Paco no anda muy erecho ni páece formal...
míá que es un enrea que le gusta vivir y triunfar...
míá que sus pasicos no son buenos ya...
Pues como decirle que Paco era un ángel... palabras perdías... ¡la nena, al brazal!

—¡Por Dios, hija mial ¡ten conocimiento! Procurando estás que no te consienta salir al portal, que te encierre en el cuarto y te amarre y que, aunque me duela, te llegue á pegar...
¡Ni por esas!... ¡ni chispica de caso! ¡ni que del demonio se hallara tentá! de día y de noche ¡la nena, al brazal!

Ahora resulta que Paco quería divertirse con ella na más...
que ya, con la nena, ni á buenas ni á malas se quiere casar...
con tóico y con ello y á tóicas las horas, ¡la nena, al brazal!

VICENTE MEDINA

EL PERFECTO EGOISTA

I
Hallábame en Granada, convaleciente de una enfermedad que no iba á tardar en ofrecermela de nuevo sus «respetos». Es decir, que lo que hacía yo era recomponer para disponerme á indisponerme. Una variante más del «pecar, hacer penitencia, y luego vuelta á empezar», según formuló el poeta de las Doloras y Cantares.

Por las tardes, á la hora de la puesta del sol, solía divertir mis perezas de convaleciente en aquel paseo de la Alhambra, que se llama de *los Mártires*, y que, por su situación maravillosa, con Sierra Nevada á un lado, Sierra Elvira á otro, y la ciudad y la vega extendiéndose á los pies del mágico cerro, ha recibido el sobrenombre de *Balcón del Paraíso*.

Aquel es un sitio muy solitario, y no me era difícil absorberme en la contemplación del que Teófilo Gautier ha llamado «desplome gigantesco de la Babel aérea», con esa deslumbrante des-

composición de los colores más violentos y más machos—si se me permite el brutal adjetivo—que forman la sublime é incendiaria agonía de la tarde.

Ni eran sólo deleites de la vista los que buscaba en tan amena soledad... Para regalo del oído, ofrécese allí, á modo de orquesta misteriosa que acompaña y subraya la acción de arriba, el singular conjunto de ruidos y rumores que suben desde la ciudad, destacándose acá gritos y canciones de muchachos, allá rodar de coches y ecos de guitarras, acullá campanas que llaman al creyente y clarines que avisan al soldado; contrastando con esta música humana, y concertándose á la vez con ella por virtud de un contrapunto, que los académicos llamarían «ilegal», á pesar de ser el legítimo, la música natural que á espaldas del espectador improvisan allí perpetuamente las frondas, los pájaros y los arroyuelos de la Alhambra.

Viéndome solo ante la puesta del sol, ¡qué me costaba, ni quién me impedía suponer que toda aquella trágica fiesta de la Naturaleza, superior á las inventadas por Nerón, neurótico á la antigua, se daba por el sol, las nubes y la atmósfera, única y exclusivamente en honor mío!

Escuchando en la soledad la orquesta formada por la ciudad y el bosque, ¡por qué no hacerme también la ilusión de estar oyendo un Wagner ideal, como aquel que tantas veces había ilusionado al rey loco de Baviera, neurótico á la moderna, con las célebres audiciones unipersonales, y que sólo, tan sólo por mí, ejecutaban aquellos nuevos y auténticos *Murmullos de la selva*, los árboles, las aves y las aguas?

Tan de lleno y con tanto ahínco entraba yo en tales imaginaciones, que apenas advertía en el paseo de los Mártires la presencia de cualquier curioso ó de algún pordiosero; huía renegando del intruso como huyen las larvas, sueños y fantasmas al anunciar el gallo el amanecer.

Y con estos cándidos y ridículos caprichos de convaleciente me tenía yo por un profundo y refinadísimo egoísta...

II

Para egoísta, el marqués de Guadalcuri. Sí, ¡también el marqués de Guadalcuri se extasia ante la Naturaleza y adora las puestas del sol!

Había llegado á Granada este ilustre político, que Andorra y el Congo nos envidian, y sus correligionarios le obsequiaron con el inevitable banquete en Siete Suelos.

Yo me marché aquel día á ver el San Bruno de la Cartuja... Cuando por la noche acudí á la mesa redonda del Hotel Washington, me dijo un inglés que residía en la misma fonda, y conocía mi manía, y prefería el *cante flamenco* al *cant inglés*, y se franqueaba conmigo grandemente, bajo los auspicios de San Jorge, patrón de Aragón y de Inglaterra:

—Cuando digo que usted no es un egoísta, sino un inocente de puro hilo, sin mezcla de algodón... Lo que tiene usted es flato lírico, ó si lo prefiere usted, estreñimiento literario. ¿Quiere usted saber cuál es el tipo del verdadero auténtico egoísta de la naturaleza?

—¿Cuál?

—Guadalcuri.

—¡Por Dios, mister!

He asistido al almuerzo que han dado hoy al elocuente patricio los guadalcuristas de Granada. ¡Ya sabe usted que me pasman los políticos españoles. Su inutilidad y su locuacidad son portentosas... Después del almuerzo hemos visitado los alcázares. ¡Qué cosas he oído! ¡Ni las que Planber pone en boca de su épico Homais! Terminada la visita dijo el marqués. «Ahora me toca á mí. Vamos al paseo de los Mártires y verán ustedes los fuegos artificiales que he dispuesto allí, de acuerdo con el Altísimo.» Y resultó que se trataba simplemente de contemplar la puesta del sol.

—¡Pero si Guadalcuri es incapaz de distinguir un amanecer en los Alpes de un anoecer en el golfo de Nápoles! ¡Si Guadalcuri no ve nunca el alba más que al retirarse del casino! ¡Si no se entera de que anochece más que al encenderse las luces del Salón de Conferencias! Si...

—Pues por eso precisamente es el perfecto egoísta. Saca más partido de la Naturaleza llevándose á contemplar un crepúsculo, que ni siente ni comprende que, usted pasmándose á

DON QUIJOTE

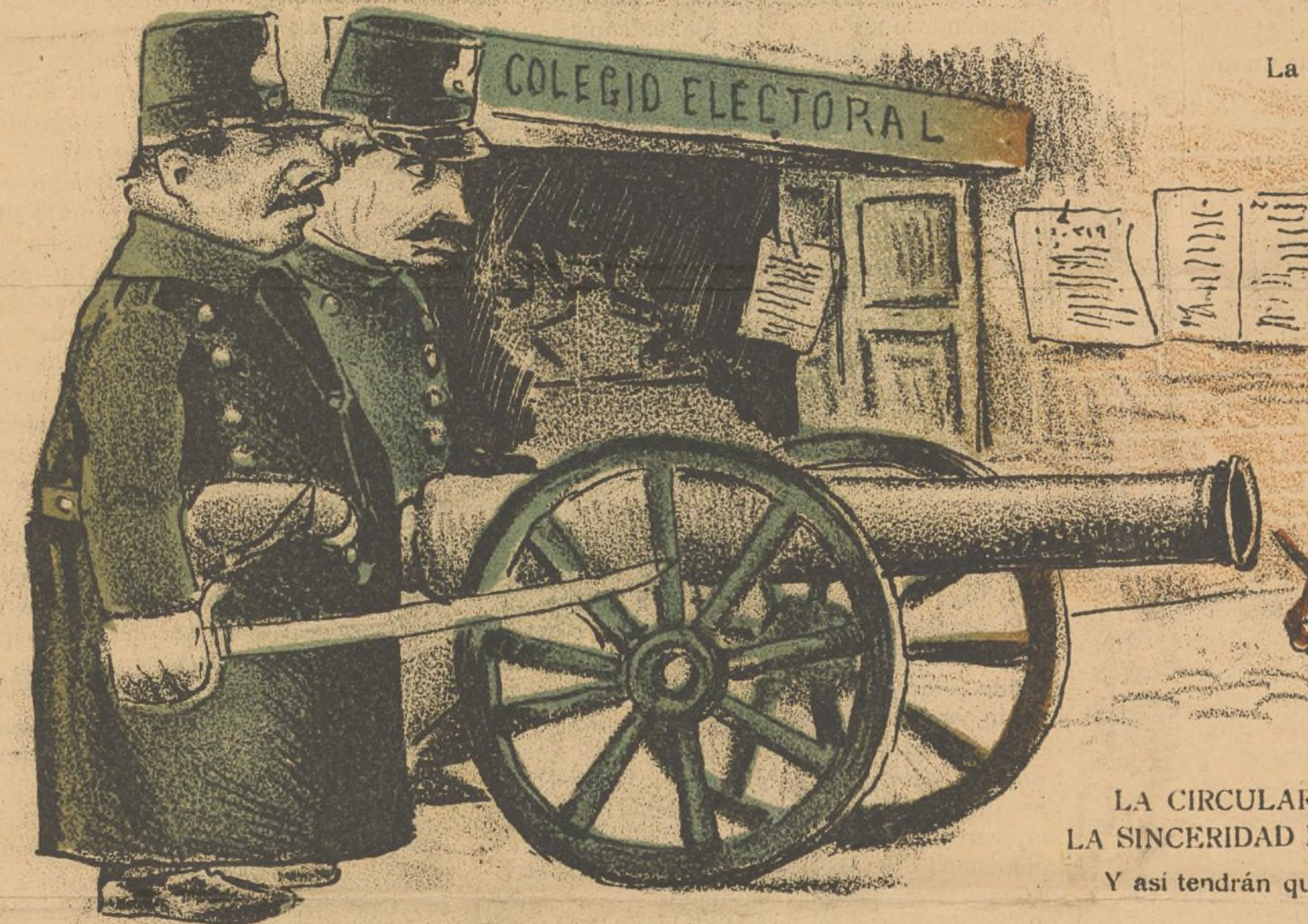


LOS NUESTROS

—¡Villaverde, que te se ve la credencial!



La carroza de las calabazas



LA CIRCULAR DE MAURA, ¡O VIVA LA SINCERIDAD ELECTORAL!
Y así tendrán que ir a votar los electores.



NEPTUNO Y MARTE



Silvela.—Tenga usted cuidado que las oposiciones van a conocerle el juego Maura.—No importa, juego con cartas señaladas.

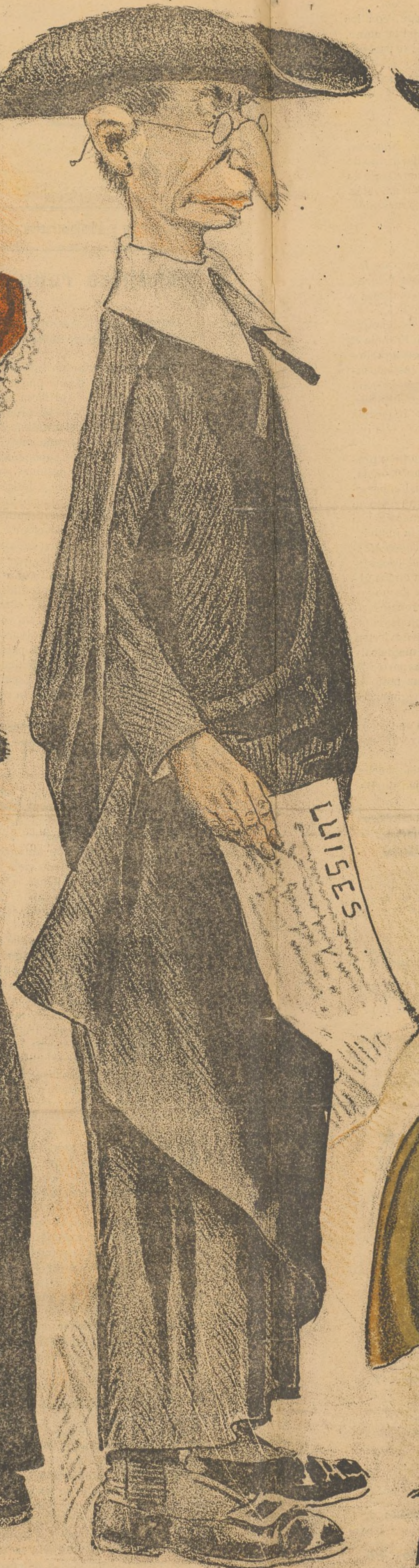


EMILIO MENÉNDEZ PALLARÉS



La ceniza en la frente.

Aquí tienen ustedes la nota de «preferidos» que voy a presentar á Maura.



Sánchez Toca.—Mi campaña es excelente.
Linares.—La mía es muy importante.
Sánchez Toca.—Yo soy un genio, intendente.
Linares.—Yo soy un genio, almirante.

solas ante esos esplendores. ¿De qué sirven al pretendido egoísmo de usted sus candorosos entusiasmos? El político madrileño, en cambio, hace cómplice á la misma Naturaleza de sus farsas. Recaba para su vanidad apariencias de artista. Presume, para su negocio, de enamorado de lo bello. Adula á los granadinos alabando la hermosura de sus horizontes. Finalmente, arranca votos á las mismas nubes de grana y zafiro... ¡Convierte á Dios en un vocal de comité!

—¡Que lo paría un rayo!
—El fuego del cielo no debe emplearse en castigar maniobras electorales. Y además...

—¿Qué?
—Que tiene gracia eso de falsificar un acta de diputado con las tintas del crepúsculo.

MARIANO DE CAVIA

La marea de cieno.

Imposible mirar indiferente
esta invasión de lodo
que va cubriendo todo lo existente
y lo emponzoña todo.

Erial la tierra, el aire envenenado,
el patriotismo yerto,
un presente sin gloria, deshonrado,
y un porvenir incierto.

La ley hollada, la conciencia muda,
la autoridad sin freno;
en todos los espíritus la duda,
y en todas partes cieno.

¿Y el gobierno? Da fe de su existencia
el coro que le aplaude.
¿Y la nación? Muriendo en la indignancia,
sanguinada por el fraude.

Confiado en la odiosa burocracia
que todo lo desquicia,
el criminal, seguro de hallar gracia,
no teme á la justicia.

Reemplazó á la pasión el apetito,
y el que pasa por fuerte,
el alma perderá por un distrito,
bendiciendo su suerte.

Del amigo el amigo se desliga,
si en ello ve mejora,
esgrimiendo las artes de la intriga,
que es el arma de ahora.

Mucho oropel con apariencias de oro,
mucho honradez de talco,
que al manejar dinero del Tesoro
no resiste al desfalco.

¿A qué seguir? Mas sube la marea,
y hay que oponerla un dique.
¡Ante esa inundación que nos rodea,
todo se sacrifique!

Que es un crimen mirar indiferente
esa invasión de lodo,
que va cubriendo todo lo existente
y lo emponzoña todo.

EDUARDO DE LUSTONÓ

LAS CLASES TRABAJADORAS

El trabajador fué primero esclavo, después siervo, más tarde jornalero.

Cuando esclavo, se le consideró nacido para la esclavitud; cuando siervo, para la servidumbre; cuando jornalero, para el servicio del capital á cuyas órdenes sigue. La razón ha sido siempre la misma, la inferioridad de su entendimiento, la circunstancia de parecer más propio para ejercer las fuerzas del cuerpo que las del espíritu. A pesar de este falso argumento, ha subido de esclavo á jornalero. ¿Cómo dudar de que mañana llegue al rango de copartícipe y se iguale con los que hoy le explotan? Se ha visto ya que dada la equivalencia de funciones y de talentos, no cabe en justicia conceder supremacía alguna ni á la ciencia sobre las artes ni á las artes sobre la ciencia.

Cuando se verificarán éstas ni las demás reformas, lo ignora. Por lejano que esté el ideal conviene hacerlo brillar de continuo á los ojos de las gentes para que sirva de faro en las presentes borrascas, sobre todo para que viéndolo se resuelvan nuestros legisladores á salir de la trillada senda por que caminan y llevar por otros rumbos la reforma de sus anticuados Códigos y de sus viejas leyes. El derecho civil es hoy el derecho de la propiedad y de la usura; en sus páginas es donde ha de hacerse la revolución porque suspiramos. ¡Lástima que tan frecuentemente lo olviden los partidos populares!

Con que al corregirse el Código se partiera de que el trabajo es condición de toda propiedad, se modificaría profundamente la organización de nuestras sociedades y la manera de ser de las naciones.

F. PI Y MARGALL.

Las dos ruedas del carro.

Se decía que interesaba á las instituciones la pronta reconstitución del partido liberal; porque un carro necesita dos ruedas para marchar. Ahora bien, esa rueda, lejos de componerse, se ha descompuesto del todo, y la conservadora está muy insegura, y como además un carro puede volcar por su mala construcción, por torpeza del conductor ó por el mal estado del camino, y en el régimen imperante el carro ya se ve cómo anda, el conductor es inexperto y el camino está lleno de obstáculos por todas partes, el vuelco parece inminente é inevitable.

GUMERSINDO AZCÁRATE

ADUANAS

—Has de saber, Antoñito, que en un valle que no nombro había dos hormigueros, separados uno de otro por un arroyo pequeño, pero de bastante fondo. Bueno. Y el caso es que un año, por circunstancias que ignoro, no pudieron las hormigas de la izquierda hacer su agosto, mientras las de la derecha trabajaron de tal modo que rebosaban los viveres por galerías y sótanos, y hasta tiraron el trigo que les servía de estorbo.

—¿Y por qué no se lo dieron á las otras?

—Poco á poco; ¿ya has olvidado que el agua se lo impedía del todo? Pues bien, pasada la crisis, pensaron:—Por si el demonio hace que esto se repita, y el compromiso es más gordo, debemos hacer un túnel por debajo del arroyo. De esta manera podemos auxiliarnos bien y pronto, y es más difícil el hambre teniendo cerca el socorro.

Y empezaron las tareas con un entusiasmo loco... Pero á medida que el túnel iba siendo largo y hondo, la faena era más ruda y el trabajo más penoso. Hundimientos, filtraciones y desdichas y destrozos... A cada paso un obrero moría entre los escombros, y cada grano de arena costaba casi un tesoro...

Pero ¡adelante! ¿qué importa? El caso es que, poco á poco, se fué concluyendo el túnel y, al fin, se acabó del todo.

—¡Bravo! ¡Ya los hormigueros tenían camino corto para conjurar las crisis, prestándose mutuo apoyo!

—Sí, pero ¿sabes qué hicieron? —Yo no, pero lo supongo.

—Pues pusieron unos guardias en los respectivos cotos para oponerse, por medio de gabelas y de embrollos, á que pasaran los trigos desde un hormiguero á otro.

—¡Caramba! ¡Trabajo inútil!

—Y, vamos á ver, Antonio, ¿qué opinas de unas hormigas que se portan de ese modo? —Que son tontas.

—¿Sí? Pues, hijo, lo mismo hacemos nosotros.

SINESIO DELGADO

BODA DESHECHA

I

Cae la tarde. La marquesa de Valplata está en su gabinete medio tumbada sobre una butaca larga y apoyando la cabeza contra un montoncillo de pequeños cojines de raso. Desde la habitación, que pertenece á un piso bajo, se ve un trozo de plaza ajardinada, con céspedes húmedos, paseos estrechos, la arena convertida en barro seco por el tránsito y las escarchas, la casilla del guarda con una hoguera ante la puerta y varios arbustos escueto, de cuyas ramas cuelga todavía alguna hoja seca que no han logrado arrebatarse los vientos.

La marquesa, fija la vista en la vidriera del balcón, mira pasar indiferente las gentes que cruzan por la plaza. Su figura inmóvil, como inanimada, se dibuja encima de la butaca, destacando los ropajes blancos sobre el raso negro del mueble. Tiene una mano escondida entre los

rizos despeinados y negros; calda la otra á lo largo del cuerpo, sosteniendo un abanico japonés con que momentos antes evitaba el resplandor molesto de las llamas de la chimenea, y por su falda, vueltas las páginas contra la tela, va resbalando hacia el suelo una novela francesa que ya ha dejado de leer por faltarle la luz.

La claridad del día mengua poco á poco; los rincones del gabinete son los primeros que se hunden en la sombra. Ya han desaparecido el mueblecito maquero cubierto de porcelanas y juguetes, el piano abierto, con una tanda de valses sobre el atril, y los cuadros que cuelgan del muro y en cuyos cristales brillan reflejadas las llamas de la chimenea. La dama no separa los ojos del balcón; cada minuto pasa menos gente; todas van deprisa, como empujadas por el frío, y al cruzar ante los vidrios, sus sombras parecen deslizarse rápidamente por el techo del gabinete. De pronto, el aire transparente y diáfano empieza á jaspasearse de millones de puntos blancos, móviles, que caen calladamente, deshaciéndose al tocar en tierra.

De allí á poco nieva con más intensidad: los copos, hallando secas las piedras y la arena, van sosteniéndose unos á otros; toman consistencia, y, al cabo de un rato, la plaza queda blanca, los árboles comienzan á cubrirse de encajes, las líneas salientes de los edificios se dibujan con la nieve detenida, los ruidos lejanos van debilitándose insensiblemente, y las huellas de los transeúntes quedan borradas apenas se levantan los pies del suelo.

Una pobre mendiga se para de repente ante el balcón, ve á la marquesa iluminada por los resplandores de la chimenea, y, alzando los ojos, tiende la mano hacia la señora, que continúa inmóvil. Las miradas de ambas mujeres se cruzan, se comprenden, y ambas insisten; la mendiga sigue con los ojos en alto y la mano extendida; la dama continúa como clavada en la butaca. Y, sin embargo, ha visto la figura y el ademán de la pordiosera; ha reparado en su falda harapienta, en sus brazos mal cubiertos por un mantón raído hasta transparentarse, en su cuello desnudo, amoratado por el frío, y en sus pies descalzos, que parecen irse hundiendo en la nieve, porque la infeliz no se aparta de allí y sigue pidiendo con la tenacidad del hambre. De pronto llega un sereno, que enciende un farol situado frente al balcón, el gabinete recoge avaro un poco de aquella claridad amarillenta, y las dos mujeres continúan mirándose: la mendiga tirando de frío; la dama, casi molestada por la viveza de las llamas de la chimenea, que se reflejan temblando en las superficies barnizadas de los muebles.

II

Callada y cautamente se abre la puerta que hay en el fondo del gabinete, y entra un hombre, que está perdidamente enamorado de la marquesa, con la cual va á casarse dentro de quince días.

Procurando ahogar en la alfombra el ruido de sus pasos, llega hasta ella sin ser sentido por la dama, y parándose un momento á contemplarla, se detiene y vacila ¿Qué hará? ¿Cubrirá los ojos con las manos para preguntarle: «¿Quién soy? ¿Sujetarla la cabeza contra los cojines de raso? Ya va el hombre á inclinarse cuando, de pronto, la claridad del hueco del balcón atrae su mirada; á través de los vidrios ve á la pordiosera; por la imagen reflejada en un espejo ve á su amante con la vista clavada en la mendiga, y con la rapidez del pensamiento comprende que allí, á dos pasos, está la misera desfallecida, hambrienta, y allí, á dos palmos, la riqueza, la harta, perezosa, indolente, que no hace bien por no moverse... Levantarse, sacar del cajón unas monedas, abrir el balcón y echarlas á la calle, no hace falta más para que aquel hombre sienta su corazón henchido de alegría; pero aquella mujer por quien él está ciego, aquella dama, á quien va á entregar su porvenir, su albedrío, no se levanta ni hunde siquiera la mano en los bolsillos en busca de una moneda olvidada. Pasan unos instantes: el hombre devora con los ojos á su amada, espíandola con ansiedad horrible. Daría la mitad de su vida por verla levantarse; pero ella no se mueve, y en su rostro, disgustado por la terquedad de la mendiga, comienzan á dibujarse los gestos del hastío, que por fin se resuelven en un bostezo largo y callado...

Entonces el caballero, con mayor cautela que al entrar, anda algunos pasos hacia atrás; sin separar los ojos del espejo, en que ve la imagen de su amante, y con las pupilas veladas por dos lágrimas, quizás las más amargas que ha vertido en su vida, desaparece tras la puerta, cruza el vestíbulo y sale á la calle, dejándose en aquella maldita casa un mundo de esperanzas desvanecidas y una realidad que le horroriza.

Al cruzar la plaza tropieza con la mendiga, y sacando unas monedas de plata, las deja caer sobre su mano helada y sucia; luego, volviéndose, mira por última vez al balcón de la marquesa y traspone la esquina, llevando para siempre grabado en el alma, no el recuerdo de un rostro hermoso y adorado, sino la imagen de aquella fisonomía indiferente, esquiva y fría que se refle-

jaba en el espejo, mientras la mendiga, con los pies descalzos entre la nieve, extendía la mano, sobre cuya palma, falta de calor, casi se paraban sin derretirse los copos que caían...

JACINTO OCTAVIO PICÓN

LIBROS

Se ha publicado la novena edición de *Napoleón en Chamartin* (el treinta y ocho millar), uno de los libros más interesantes de la primera serie de los *Episodios Nacionales* del ilustre Pérez Galdós.

Este es uno de aquellos libros que se recomiendan por sí solos.

Precio: dos pesetas.

VERDAD, por Emilio Zola.—El tercero de *Los Cuatro Evangelios* del insigne novelista francés, su obra póstuma, la que cierra la asombrosa y fecunda labor del defensor infatigable de los desdichados y los humildes, es un eco del choque violento de pasiones que produjo en Francia el famoso proceso Dreyfus y un reflejo de aquellos sucesos en que el gran apóstol de la Justicia sacrificó la paz de sus últimos años y arrojó con abnegación peligros, menosprecios é injurias, para convertirse en campeón de la inocencia perseguida y en valiente impugnador de la iniquidad y el error triunfantes.

Así como *Fecundidad y Trabajo* son la expresión del noble y romántico optimismo de Zola, *Verdad* es el desbordamiento de su pasión personal excitada en el ardor de la lucha; un grito de indignación arrancado á su alma generosa por los poderosos enemigos de la verdad y la justicia.

En la última obra del autor de los *Rougon Macquart* se consuma la evolución en el procedimiento artístico de Zola, que se inicia en los últimos libros de dicha serie: su manera de novelar adquiere mayor grandeza, sus personajes se convierten en hermosos símbolos, y en la composición y desarrollo de los asuntos se advierten aquella clásica simetría, aquel interés magistralmente distribuido entre cada una de las partes de la obra y aquel vigor dramático que tanto se admiran en estas últimas y preciosas páginas del inmortal novelista.

La aparición de esta obra, propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona, constituye un verdadero acontecimiento literario.

La correcta versión española ha sido hecha por el notable literato Eduardo Gómez de Baquero.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Caballeros!, proclamad en voz alta, á gritos, para que todo el mundo lo oiga, que el mejor establecimiento de muebles de Madrid es el de *A. Vallejo, Alcalá, 17*.

Todos los médicos lo dicen: no hay mejor digestivo que el *Antis de la Tierrauca*. ¡Probadlo y os convenceréis!

Colecciones de DON QUIJOTE del año 1902. Se remiten á provincias certificadas. Precio: 12 pesetas.

Se necesita un socio capitalista con dos ó tres mil duros para emprender la desinfección de los aguardientes de orujo, industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informarán en esta Redacción.



EL MÁS FINO.
EL MÁS SUAVE QUE SE CONOCE
Libritos á 10 y 15 céntimos.
De venta en todos los estancos de España.
Depósito: Arco de Santa María, 23.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo. San Hermenegildo, 32, dupdo. Teléf. 3.127.